



“El profesor y los alumnos”

Joseph Grifone

Catedrático de Matemáticas
Universidad Paul Sabatier de Toulouse

1.

Aunque el Beato Josemaría no haya escrito ni tratados ni ensayos sistemáticos sobre la enseñanza universitaria, su influencia en este campo ha sido de primer plano. Baste constatar el número de centros de Enseñanza Superior que han sido promovidos en el mundo bajo su impulso, el espíritu que les informa que ha sabido inculcar en su trabajo pastoral, la cualidad reconocida del trabajo de nivel universitario que ha estimulado.

El célebre periodista italiano Indro Montanelli, recientemente fallecido, calificaba de logro de importancia de primer plano por el catolicismo, la visión del Beato Josemaría del trabajo como cooperación en la obra creadora de Dios. Si Calvino con su visión antropológica austera y pesimista había ejercido una influencia tan grande en el mundo protestante, entre otras cosas por su visión del trabajo, ¿quién puede medir, decía, las consecuencias históricas de la enseñanza del Beato Josemaría que une la dignidad y la exigencia del trabajo con la visión positiva de la persona propia del catolicismo?

Dos temas, constantes en su catequesis, han tenido indudablemente repercusión directa en el trabajo universitario:

1. La teología del trabajo como cooperación en la obra creadora de Dios.
2. El respeto de la persona y la consideración de su dignidad, fundada en la filiación divina. Este segundo aspecto puede parecer más alejado, pero tiene aplicaciones importantes al tema que nos ocupa:

·la necesidad, repetidas veces afirmada por el Beato Josemaría, de no reducir el papel de la institución universitaria a la transmisión de un saber desconectado de las exigencias de la persona.

·la importancia de un clima de convivencia, de confianza que favorezca la comunicación interpersonal porque “es en la convivencia donde se forma la persona”.

Mi intervención se limitará a este punto. El problema que voy a tratar es el siguiente. Un profesor de matemáticas lo que tiene que enseñar, claro está, es la matemática. ¿Cómo puede entonces contribuir a que su papel no se reduzca a explicar ecuaciones diferenciales, sino que tenga presente la intención de formar la persona en su dimensión más entera?

2.

Para contestar a esta pregunta es necesario examinar más de cerca en qué consiste la actividad escolar, de la que deriva la naturaleza del papel del profesor.

En un artículo publicado hace unos años en la *Revue Thomiste*¹, un filósofo francés, hoy fallecido, J. Rassam, puntualiza que la actividad escolar no es un trabajo propiamente dicho, ni una actividad de puro enriquecimiento personal, sino un *mixto* que tiene de los dos. El trabajo, en efecto, es una actividad remunerada, que mira hacia una *finalidad* exterior, una actividad que empeña la responsabilidad del que trabaja hacia los fines de la empresa que lo emplea. La actividad laboral, por ser sometida a la presión inmediata de las necesidades económicas o sociales, tiene unas características de rigor, de exigencia, de responsabilidad particularmente marcadas. La actividad escolar, en cambio, no está supeditada directamente a una finalidad exterior, su finalidad es *inmanente*: la formación personal, y por eso tiene cierta gratuidad, una flexibilidad, una *souplesse* como se dice en francés. Pero, de una cierta manera, la actividad escolar se asemeja al trabajo porque no está exonerada de producir unos resultados y, a diferencia de una actividad puramente lúdica, está sometida a exigencias morales precisas. El Beato Josemaría, como se sabe, insistía con vigor en el hecho que, aunque indirectamente, el estudio es ya un servicio a la sociedad (e incluso a la Iglesia), y por eso tiene una obligatoriedad moral grave².

Así aparecen la originalidad y la dificultad propias de la labor del que enseña, que debe saber realizar una especie de *armonía de los contra-*

rios, es decir, conciliar utilidad y gratuidad, directividad y libertad, ser exigente y tolerante, autoritario y flexible, serio y sonriente, distante y cercano. Bien se sabe, por ejemplo, que los mejores cursos no son los que son sencillamente estudiosos, sino los que son estudiosos y serenos, aplicados y sosegados³.

A estas particularidades, que son propias de los profesores en general, el profesor de universidad debe saber añadir otros matices que provienen del hecho de que no es sencillamente uno que enseña, sino un *enseñante-investigador*. Mucha gente ignora que es este el estatuto de un profesor de universidad, que la parte más importante de su trabajo (en tiempo, responsabilidades, actividades diversas) no es la enseñanza sino la investigación, incluso en lo que concierne a las relaciones con los estudiantes (dirección de tesis, seminarios, grupos de trabajo, etc.). Ahora bien, el trabajo de dirigir la investigación es algo muy particular, que tiene también algo de este “saber reunir la armonía de los contrarios”, pero a un nivel más profundo y con manifestaciones propias, porque es entonces, prevalentemente, donde el profesor (o más precisamente el director de tesis) tiene la ocasión de tejer las relaciones más personales y más profundas con sus estudiantes.

3.

Estas ideas generales pueden fácilmente recoger la adhesión de cualquiera. La dificultad es, obviamente, cómo ponerlas en práctica. Con un curso, que a veces puede ser de unos cien alumnos o más, ¿cómo obtener el silencio, la disciplina, la cualidad del estudio?, ¿cómo ejercer la autoridad sin rigidez?, ¿cómo exigir resultados respetando la disponibilidad y la gratuidad necesarias en esta fase de formación?

Personalmente no creo en las “técnicas pedagógicas”, es decir, en una ciencia que permita aprender, en la teoría y en la práctica, cómo hay que hacer para conciliar exigencia y soltura, cómo hay que ejercer la autoridad o en qué circunstancia hay que ser distante y en qué otras afable y hasta qué punto⁴. Pensar que se puede ganar el asentimiento de los estudiantes a lo que se les pide, por la aplicación de reglas y esquemas, es reducir la educación al adiestramiento. Es esta la tesis del *behaviorismo* (Skinner): que bastaría conocer los estímulos que hay que producir para obtener las buenas reacciones. La persona humana es algo mucho más profundo que un mecanismo sin verdadera libertad y autonomía, que no se deja encasillar en esquemas rígidos ni describir por fórmulas.

Para ser concreto señalaré justo dos o tres puntos que, a mi parecer, el profesor tiene que cuidar particularmente en el ejercicio de su encargo:

1. La calidad de su trabajo, la seriedad, el rigor con que emplea su tarea, prepara sus clases, toma cuidado de sus alumnos. Los estudiantes pueden perdonar muchas cosas al profesor, incluso sus lagunas y sus insuficiencias pedagógicas, pero no el hecho que no se les tome en serio.

2. Querer a los estudiantes como son, no sólo diferentes de sí, sino también diferentes de como se querría que fuesen. Nada aleja más al alumno del profesor que la hostilidad, o incluso la indiferencia.

3. En fin, el profesor, si tiene que evitar la indiferencia hacia sus alumnos, tiene que ser, de una cierta manera, indiferente hacia sí, es decir, evitar el nerviosismo y la susceptibilidad, no caer en la demagogia de “hacerse el simpático”, huir de la vanidad, saber ejercer la autoridad sin miedo a perder el cariño de los alumnos. Quizás es esta cualidad -la *indiferencia hacia sí*- la que permite a los alumnos descubrir un mundo donde el egoísmo y el amor propio no dictan la ley.

En esta fase tan particular en la que el joven sale de la adolescencia, y tiene que aprender a administrar su libertad, “la presencia de un adulto que ha encontrado su equilibrio, -dice Rassam en el artículo citado- es preciosa y decisiva, porque es una respuesta a una aspiración. La pregunta que de una manera silenciosa los alumnos dirigen al profesor, quizás a través también de la indisciplina, es ésta: ¿cómo encontrar mi equilibrio? A esta pregunta, el profesor no puede contestar con un discurso, sino con su comportamiento, con su manera de actuar, su manera de ser. El educador educa más por lo que es que por lo que dice”. La huella que el profesor deja depende menos de sus palabras que “de la presencia discreta y total -que los alumnos perciben mucho más que lo que se piensa- del hombre detrás del maestro, del posible amigo detrás del hombre”⁵.

Una de sus alumnas decía de Edith Stein, que actuaba menos por sus palabras que por su ser. “Verdaderamente nos daba todo (...) Para nosotras, en esta edad crítica era ya un modelo, sencillamente por su comportamiento”. Y añadía que no se acordaba de ninguna de sus palabras, no tanto porque no se le habían quedado grabadas en la memoria, sino porque era por su ser que las conducía, con delicadeza y con amabilidad perfectamente unidas a la justicia.

Para acabar, diría que es ahí precisamente donde la enseñanza del Beato Josemaría ha sido para mí, y para muchos, particularmente útil y esclare-

cedora. Su inmenso amor para los hombres, hechos a la imagen de Dios, que se vislumbra todavía hoy cuando en una película se le ve hablar a la gente, a los jóvenes en particular, con cariño y fortaleza, con exigencia y comprensión, con gravedad y con buen humor, este amor que sabía, de manera tan natural, realizar la *armonía de los contrarios*, no era el fruto de una técnicas psicológicas, sino de una riqueza interior, de unas convicciones profundas, y sobre todo, quizás, de una manera de ser y de obrar marcada por el olvido de sí y el don de su persona.

1. Joseph Rassam, *Le professeur et les élèves*, Revue thomiste, 1976, tome 76, n.1, p. 59-76.

2. "Si has de servir Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave" (Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino*, Madrid 2000, Rialp, n. 336). "Estudia. Estudia con empeño. Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad. ¿O crees que por vago y comodón vas a recibir la ciencia infusa?" (*Camino*, o. c., n. 340).

3. Hablando de las instituciones universitarias promovidas por el Opus Dei, decía el Beato Josemaría: "Los rasgos que las caracterizan pueden resumirse así: educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal. Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay necesidad de controles ni de vigilancia: porque todos se sienten en su casa" (Josemaría Escrivá de Balaguer, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 2000, Rialp, p. 84).

4. Naturalmente no me refiero al intercambio de experiencias, al estudio de cómo hay que presentar tal o tal noción de manera que sea más fácil y profundamente asimilable por los alumnos: todo eso puede ser útil e incluso necesario.

5. *Le professeur et les élèves*, o.c., p. 66.